

Beatriz Santiago y Vicente Ordóñez, *Panorámicas íntimas* (Málaga: Centro de Ediciones de la Diputación de Málaga, 2024), 110 pp. Premio internacional de ensayo María Zambrano

Alba Giménez Gil
Universitat Oberta de Catalunya / Universidad
Nacional de Educación a Distancia

Los espacios físicos tienen una gran capacidad para activar nuestra memoria. Volver a transitar un espacio o incluso solamente recordarlo puede dar lugar a una vuelta al pasado que no puede comprenderse en clave meramente narrativa, como una sucesión de acciones o hechos. Más bien, estimula una sensación física que nos lleva de lleno a lo que nos aconteció en ese mismo lugar, pero en otro tiempo. *Panorámicas íntimas*, el título del ensayo experimental de Beatriz Santiago y Vicente Ordóñez, cobra pleno sentido en relación a esta idea. Lo panorámico parece remitirnos a un espacio vasto e inabarcable. Un lugar que, a priori, no nos pertenece, pero que, sin embargo, puede convertirse en una parte intrínseca de nuestras vivencias más personales.

El texto parte de esta premisa, pero lo cierto es que no se convierte en ningún punto en un cuaderno de viaje o en un compendio de descripciones paisajísticas. El lugar que da nombre a cada capítulo (Lisboa, Puertomingalvo, Zamora, París, Bælo Claudia, Tejeda, Menorca, Madrid, Barcelona y Granada) es el punto en el cual cristalizan una miríada de reflexiones e ideas que no necesariamente avanzan en una dirección única y concluyente. Asimismo, en esta pieza podemos ver una serie de fotografías que se intercalan con el texto. Estas imágenes, por su parte, no nos muestran lugares turísticos o monumentos emblemáticos. Una pared encalada, la ropa tendida en una callejuela llena de grafiti o una telaraña escondida en algún rincón de una iglesia se convierten en los únicos puntos de referencia visuales que proporciona el libro. Todo ello da lugar a una narración abierta y caleidoscópica, en la cual Ordóñez y Santiago entrelazan dos puntos de vista marcadamente idiosincráticos.

Estos dos puntos de vista, no obstante, dialogan en la creación de un imaginario común o, mejor dicho, en la búsqueda de una mirada. Como dice el propio texto, justo al inicio, “[m]irar es la acción por la que se dirige la vista hacia algo que la convoca y retiene, que reclama para sí su atención. Lugar de coincidencia, punto indeterminado en el que lo sorprendente y lo inesperado se entrecruzan y rozan sin llegar a chocar” (14). Lo mismo sucede con esta composición y yuxtaposición orgánica de imagen y texto: no confluyen, pero tampoco colisionan. Simplemente

admiten la multiplicidad como algo natural y necesario. El texto, por su parte, se refracta en escrituras diversas: la epistolar, la narrativa en clave autobiográfica o la ensayística. En relación a esta última, nos viene a la mente la definición del ensayo que propone Adorno. Para el filósofo, el ensayo es y debe ser una eterna tentativa: una forma de escritura permanente abierta e inacabada, y por eso permeable a todas las interpretaciones posibles. La mirada, de un modo coherente con este posicionamiento, no pretende (ni puede) saberlo todo.

En este sentido, la mirada “es más humilde que la visión”. No es como esta última, que se erige como origen y centro de un régimen escópico moderno, o como forma de autoridad. La visión, así comprendida, se nos presenta como una forma de representar el mundo cuasi abstracta, cuyos imaginarios no parecen sometidos a límites físicos o perceptivos. “La mirada”, en cambio, dicen los autores, está “pegada al suelo, al borde de la tierra, se compone de materia orgánica y, como tal, está siempre a un paso de la descomposición” (14). Esto nos parece especialmente relevante en cuanto a que el texto de Ordóñez y Santiago se estratifica como parte del paisaje, como parte de este “suelo” al cual se encuentran anclados el ojo y el cuerpo.

La percepción relacional del espacio (el ser en relación a un lugar o a un otro) es algo que implica ver sabiéndose parte de algo más; algo que, en buena medida, nos sobrepasa o escapa a la lógica de nuestro conocimiento. Mirar, percibir y sentir, estar ahí, no necesariamente da lugar respuestas concluyentes. Como dice el propio texto, “los niños no se avergüenzan de su falta de reflexión acerca de los colores: solo miran.” La mirada está cargada de atención, pero a la vez “hunde sus raíces en el extrañamiento, el deslumbramiento o la admiración” (17) o, en definitiva, en lo inefable. Esto último nos lleva a un momento concreto del texto. En el fragmento dedicado a Puertomingalvo, podemos leer una frase tan lúcida como humilde: “[e]s que no sé lo que son las cosas”. Esto nos lleva a una forma de comprender el pensamiento particularmente “áspera”, en la que no podamos encontrar forma alguna de paliar la incomodidad que nos genera la incertidumbre. La contradicción (o, mejor dicho, la falta de respuestas) se nos presenta como una “epifanía de fondo” de lo que las cosas son. Esto nos lleva a una mirada que, para ser honesta, debe asumir su propia perplejidad (27-28).

Todo ello nos conduce a un punto central de este libro, en el cual se articula una noción de filosofía en que vemos cómo esta no puede situarse a “vista de pájaro” ni en un “más allá supraceleste”. Se necesita de una filosofía que “no calumnie lo que hay escrito en la carne, en la piedra, en lo inaudible e invisible, y en lo que se dice en una lengua siempre naciente”. Esta “lengua siempre naciente” no es la del pensamiento que se erige como fundamento último del saber: como origen y conclusión de todo aquello que somos capaces de conocer y articular. Más bien, nos lleva más allá de lo sabido y lo evidente, en un límite en el cual lo meramente racional pierde su posición de preeminencia a la hora de legitimar el pensamiento. Y es aquí, precisamente, donde entra en juego otro elemento central en este libro: el amor o el vínculo.

Como dice el texto, la mirada se posa en aquello que es digno de amor o, dicho de otro modo, en lo bello. La belleza, así comprendida, “es una forma de intimar con los detalles, como detención observadora y admiración por el mundo”. De hecho, “el conocimiento íntimo o carnal” implica percibir y observar las cosas minuciosamente, concebir “*notitiae*” de ellas de un modo atento, cuidadoso y entregado (30-31). Amar es, en cierto modo, cuidar. La mirada que ama es la mirada que se posa en aquello que observa con intensidad y delicadeza. No lo escruta violentamente ni trata de poseerlo, sino que se acopla y se entreteje con ello. La lógica binaria sujeto-objeto desaparece. La mirada que ama y que cuida es permeable a aquel o aquello que miramos.

Vemos, pues, cómo comprender y penetrar cuanto nos rodea de un modo sensible implica, en cierto modo, no permanecer ajenos a ello. Esto, a su vez, da lugar a una mirada que “resbala imprevisible entre las cosas hasta que encuentra otra mirada que la retiene junto a sí” (48). Este encuentro de miradas o sensibilidades es lo que, en última instancia, puede ayudarnos a hacer frente a un mundo que, cuanto menos, se nos presenta como mezquino y desesperanzador. Como dice el texto, “[e]n ocasiones la mirada drena: hace que todo lo feo y horrible, las aguas negras de las cosas, salgan y se depuren en las zanjas abiertas de la representación” (65). Esta agua negra pueden tomar múltiples formas. Los ejemplos que menciona el libro son diversos: la ciudad como carcasa o como animal mecánico, la colonización y explotación sin escrúpulos del territorio y de otras especies o “la pesadilla concentracionaria” a la que nos ha abocado buena parte de la historia reciente. Todo nos lleva a tener que hacer frente a escenarios kafkianos, tan aterradores como inescapables.

Antes hemos dicho que la mirada se posa en lo bello, en aquello que ama. No obstante, lo cierto es que, mirar, en buena medida, implica también “atenerse a lo que hay”, incluyendo lo aciago (89). De nuevo, el encuentro de miradas, el vínculo, puede permitirnos, de un modo u otro, hacer frente a la desazón. Pero, ¿cómo podemos establecer tal relación? ¿Acaso no hay algo que se pierde en este encuentro? ¿Somos capaces, realmente, de vernos el uno al otro? Quizá no se trata de un proyecto tan ambicioso como pudiera parecer. Tal vez quienes realmente gozan de ese encuentro, de ese mirar compartido, son quienes “buscan agujeros en el silencio, dejan que el corazón se exprese a sí mismo o señalan correspondencias inéditas desde la inmanencia del instante” (96). Este mirar(nos) nos ampara a la vez que nos sitúa frente a un mundo abrumador. Nos permite ser conscientes de que, incluso en un contexto adverso, es posible encontrar intersticios que actúen como refugio.

